

SUBRAYADO

«La estupidez humana era aquello contra lo que los propios dioses luchaban en vano»

John Le Carré



MI QUERIDA FAVORITA
Marieke Lucas Rijneveld
Temas de Hoy

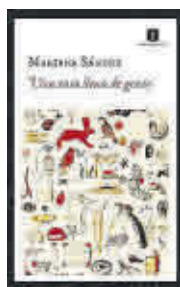
En un pueblo donde nunca pasa nada un veterinario rural cumple con sus visitas a

las granja vecinas. Corren rumores de una enfermedad bovina, pero él solo tiene ojos para la hija pequeña del ganadero, de vacaciones en la casa familiar. Nadie sospecharía lo mucho que ambos pueden tener en común, la sensibilidad y el dolor que conectan sus destinos.



EL PLAGIO
Daniel Jiménez
Pepitas de calabaza

Cuenta la historia de Juan Jiménez, músico e integrante del histórico grupo Los Pekenikes. A principios de los noventa ideó un novedoso concurso para la televisión. Para su realización contrajo deudas millonarias. Pero los tres directivos con los que firmó le robaron la idea y se fueron con ella a una tele privada donde el concurso fue un éxito varias temporadas.



UNA CASA LLENA DE GENTE
Mariana Méndez
Impedimenta

Méndez es una de las voces de más talento de la nueva narrativa argentina. *Una casa llena de gente* es un rompecabezas al estilo Perec en forma de novela polifónica que indaga en la debilidades humanas, la memoria familiar y los choques entre generaciones. Una novela llena de humor y talento que reconstruye la memoria de una madre y su hija, que saldan deudas con el pasado.



ESTOY LEYENDO

MARÍA DOLORES PALAZÓN BOTELLA

Profesora de Historia del Arte de la Universidad de Murcia

LLÉVAME A CASA

Jesús Carrasco
Seix Barral



Hay autores que magistralmente saben tratar temas nada sencillos, porque ¿cómo cuidar a quien te ha cuidado? ¿quién sabe conjugar sus aspiraciones con las de sus padres sin defraudar? ¿estamos dispuestos a sufrir las heridas que provoca romper con la tradición? Esto es lo que hace Jesús Carrasco en *Llévame a casa*, un libro magistral que aborda desde su primera línea las relaciones familiares desde el lado de los hijos. En cada frase muestra el enfrentamiento que viven los hijos al tratar de conjugar las oportunidades profesionales y personales con el vértigo y el miedo que provoca pasar a ser cuidadores de sus padres. ¿Es posible hacerlo todo o hay que escoger? Una nueva pregunta incómoda. Por ello, a lo largo de las páginas se nos marcan las etapas por las que pasa especialmente el hijo, cuyos pasos oscilan entre la indiferencia, el agobio, las ganas de huir, la búsqueda de otros que asuman la responsabilidad o el hacerse con las riendas de un todo que abruma. Este libro, que es en verdad un viaje interno y emocional, nos pone ante una realidad inmediata que nos hace reflexionar sobre qué podemos hacer por nuestros mayores cuando ya no son ellos los que nos guían.



En mi caso, una vez descubierto el pastel de *El poder del perro*, creo estar ante una obra bien filmada, con una colección de planos visualmente muy poderosos que llegan a ser, a veces, incluso poéticos. En este sentido es fundamental la fotografía de Ari Wegner para mantener ese tono sombrío que se transmite continuamente. Del mismo modo pienso que los actores están a un buen nivel y no comprendo el dilema montado alrededor de Benedict Cumberbatch por su papel de hombre del oeste atormentado. Su interpretación es estimable.

Sin embargo, y pese a todos estos ornamentos florales, la película tiene un grave problema con su ritmo narrativo. El cine no es solamente una composición de imágenes hermosas con unos tipos desempolvando un enigma tan recóndito como prohibido en aquellos años 20. Es imprescindible que posea una velocidad de crucero apropiada para seguir la trama con entusiasmo y no dormirse en el intento. Esa especie de letargo en la que se instala desde el principio, y que no abandona hasta que se prende la mecha en el último tercio, la hieren de muerte. La sensación constante es que Jean Campion se pierde en un universo de contemplaciones y que deja de lado la verdadera historia de sus personajes.

Despertando de los efectos del perro en el salón de casa intento ponerme en la posición de los críticos en Venecia. No debe ser fácil escribir a contrarreloj aún bajo los efectos de las estrellas y es entendible que se pueda caer en los excesos literarios. Aquí sería conveniente un ejercicio de moderación. Bastaría con mostrarse menos generoso en el reparto de adjetivos. La alternativa es ver más cine clásico para no olvidar lo que verdaderamente significa una obra maestra.

JULIO PÉREZ-MUELAS
ALCÁZAR



una rabia lacerante, por una furia que no puede controlar, la poeta trata de superar el duelo, el tránsito y clama pidiendo ayuda. Es una suplicante ante la naturaleza toda.

En los *Poemas reos* de culpa, que suceden a *La orilla rota* donde fluye el dolor, y la amarga y apresurada búsqueda de amor, no exenta de errores, plena de ironía y de falsarios que se abandonan en el camino. Afloran, entonces, los versos más hermosos, los más líricos: «Cuando yo era pequeña, / solo era importante el aire». Y afloran, también, los secretos que se guardan, «de todas las mujeres que fui y que / de cuando en cuando recuerdo». Errática, la

poeta siente la necesidad de dejarse arrastrar por un amor que dure de por vida.

Y al fin, en *París* parece llegar el amor. La poeta despierta como de un duradero letargo, ya tiene un plan. Se ha propuesto vivir, pero con una serie de condiciones, de exigencias para el amante, que incluyen derramarse, completamente.

Las imágenes poéticas traducen, entonces, un leve erotismo: la necesidad ineludible del contacto carnal, de los besos, los sabores vinculados a los placeres, la sangre que fluye. Por alrededor parecen flotar las plantas y las flores, sus colores y sus aromas, todo entremezclado. Es el encuentro del hombre buscado, anhelado, después de escribir poemas reos de culpa. Se pueden hacer conjeturas sobre el alcance del amor, pero no cabe duda de

que la poeta ha alcanzado la tan ansiada armonía, y la vida se abre paso «en danza, en fiesta permanente y espectáculo, / circunferencia plena del cosmos».

Siempre a la búsqueda de un lenguaje rotundo y exacto, y muy dada a los juegos de palabras, López Soria ha llegado a decir que hay algo en su carácter que se asemeja a un sentimiento trágico de la vida, que distrae, en todo caso, con sentido del humor. En realidad, si dejamos hablar a la poesía, observamos que lo que se pretende, en definitiva, es «domesticar las sombras conversando, / amar tranquilamente y poco más». Quizá en estos versos se deslice (o se sugiera) la aspiración final.

PEDRO
AMORÓS



MUY SEÑORES MÍOS
Marisa López Soria
Difácil

